

lógica, pero su empeño era imposible, y sólo pudieron lograr que pareciera aceptable apoyándose en el significado natural de lo que se suponía era metamente sintaxis en el modo material del habla. Pero en el haber de Carnap hay que anotar el empeño en mantener que la filosofía consistía únicamente en transformaciones tautológicas, en equivalencias analíticas.

Que el análisis debe ocuparse de revelar la estructura de la ciencia, del lenguaje informativo, no de los hechos de que se ocupa la ciencia, y que las únicas proposiciones legítimas de la filosofía eran tautologías, fueron las dos tesis básicas del «positivismo clásico». Cuatro son las principales dificultades insalvables que durante el florecimiento del positivismo lógico se descubren en el atomismo lógico: la noción del único lenguaje perfecto, extensional; el solipsismo; las proposiciones básicas y la doctrina de la figuración.

Pero en la práctica del análisis el positivismo lógico encontró dificultades aún más radicales. Después de pacientes esfuerzos se vio como empresa imposible de lograr, excepto en casos relativamente triviales, fuera del campo de la lógica matemática en el que Russell había obtenido sus triunfos. Hubo que abandonar la visión según la cual la tarea de la filosofía es el análisis reductivo de los enunciados confusos de nuestro lenguaje ordinario cotidiano a los simples informes atómicos de la experiencia inmediata. Abandono, en fin, del punto de vista veritativo-funcional del lenguaje para centrarse en el lenguaje ordinario como nuestro instrumento y objeto de estudio.

4. De aquí surge la filosofía contemporánea del momento en que Ursom escribe, representada por Wittgenstein y Wisdom en Cambridge, y por Ryle, Waissmann y Austin en Oxford.

La nueva orientación tiene precedentes en el célebre artículo de Ryle de 1931 (*Systematically Misleading Expressions*), en el que asignaba a la filosofía el cometido de eliminar o rectificar las expresiones lingüísticas descaminadas. Y Wisdom, en 1938 consideraba el principio de verificación propuesto por los neopositivistas como una «teoría metafísica» (*Mind*, 1938, pág. 340). El *slogan* del neopositivismo, «el significado de una afirmación es el método de su comprobación», es sustituido por aquellos años por los de «no busquéis el significado, sino el uso», y «toda afirmación tiene su propia lógica». El primero invita a clarificar no el significado analítico de una afirmación, sino el objeto para el cual se hizo esa afirmación, y el segundo reclama la atención sobre el hecho de que el lenguaje tiene muchos objetivos y muchos niveles, y que el de la descripción del mundo es solamente uno y no el único al que son reducibles los demás. De este modo quedó revaluado el análisis reductivo. Un fracaso en traducir—empeño filosófico único, según el positivismo

rígido—puede transformarse en un éxito filosófico en otro nivel del lenguaje. De una manera general, pues, podemos decir que la nueva actitud constituye el abandono del concepto de análisis como reducción del mundo a sus elementos o como traducción de los usos lingüísticos a un lenguaje ideal. Desde este punto de vista, la filosofía conserva su función terapéutica, es decir, la liberación de las dudas, adivinanzas, perplejidades y confusiones lingüísticas que del mismo nacen. Pero el instrumento de esta liberación ya no es la lógica, sino una consideración del uso efectivo de las expresiones lingüísticas y de los objetivos a que ellas se dirigen. Las investigaciones lógicas y las de la metodología científica quedan fuera del campo de interés en que se mueve la filosofía analítica.

El libro de Ursom constituyó en su día—y aún sigue siéndolo—un modelo de historia de un período determinado de la filosofía. Ello fue posible por la privilegiada situación del autor en el corazón mismo de los desarrollos contemporáneos del análisis filosófico. Los manuales de historia de la filosofía se han servido profusamente de esta obra en la exposición de un período particularmente enmarañado y, lo que es más grave, especialmente ignorado en nuestro país hasta hace no tanto tiempo. Aunque con retraso, su aparición en el mundo filosófico español no dudamos que será bien acogida por un público cada día más numeroso que no sólo se interesa, sino que practica un método de tan brillante y fecunda tradición en el ámbito anglosajón.—MANUEL BENAVIDES (*Angel Barajas*, 4, 4.º C. POZUELO ESTACION. Madrid).

LA TEORIA LITERARIA MODERNA *

Antonio Berrio viene dedicando sus esfuerzos investigadores a dos temas principales: la reconstrucción e ilustración del sistema de la teoría literaria del Renacimiento al Barroco y en la época contemporánea, y el de la consistencia «textual» de los productos literarios. Al primero de ellos responde una extensa obra, cuyo primer volumen es el que da pie a esta nota nuestra, así como otro trabajo que en realidad sintetiza toda la investigación a modo de comentario al hilo de las *Tablas poéticas*, de Cascales: se trata de la *Introducción a la poética clasicista: Cascales* (Barcelona, 1975); igualmente cabe citar en esta línea el *Significado actual del formalismo ruso* (Barcelona, 1973). El segundo de los temas es el de la lingüística textual; en colaboración con J. S. Petöfi ha publicado *Lingüística del texto y crítica literaria* (Madrid, 1978).

* A propósito de ANTONIO GARCÍA BERRIO: *Formación de la Teoría Literaria moderna. La tópic horaciana en Europa*, Madrid, 1977, 489 págs.

El tratado sobre la teoría literaria moderna organiza su esquema en torno a la tónica poética horaciana; fundamentalmente desarrolla la fortuna de las tres dualidades mayores de esa tónica, las de los dos polos *ingenium-ars*, *docere-delectare* y *res-verba*, pero Antonio García Berrio atiende también a otros temas de tal sistemática doctrinal, a los que aquí haremos referencia.

Respecto a ingenio y arte, Horacio había escrito (en palabras de la versión rítmica de T. Herrera: Quinto Horacio Flaco, *Arte poética*, México, 1970):

«Si por naturaleza se hace un carmen laudable o por arte, se ha preguntado; yo no veo de qué sirve el esfuerzo sin rica vena ni el ingenio rudo; así una cosa pide el auxilio de la otra y se asocia amigable» (vv. 408-411).

Esto es, se pronuncia por igual por el trabajo y el genio creador, de modo semejante a como se dice también en la *Poética* de Aristóteles (1451 a.); así, Lope, por ejemplo, fundamentará su nueva doctrina en la experiencia creadora, en el trabajo llevado a cabo:

*Creed que ha sido fuerza que os trujese
a la memoria algunas cosas de éstas,
porque veáis que me pedís que escriba
arte de hacer comedias en España,
donde cuanto se escribe es contra el arte,
y qué decir cómo serán agora
contra el antiguo, y en qué razón se funda,
es pedir parecer a mi experiencia,
no al arte, porque el arte verdad dice,
que el ignorante vulgo contradice.*

En cuanto a enseñar o deleitar, Horacio parece inclinarse por igual a ambos términos de la cuestión:

*O aprovechar quieren o deleitar los poetas
o a un tiempo decir cosas gratas y a la vida adecuadas
... ..
Todo sufragio ganó quien mezcló lo dulce a lo útil,
al lector deleitando y amonestando igualmente.*

(vv. 333-334, 343-344).

Finalmente, el poeta venusino parece asimismo preferir el contenido a los recursos expresivos:

*A veces una fábula en sus situaciones brillante
y bien caracterizada, sin belleza alguna, sin peso
ni arte, en mayor grado encanta al pueblo y mejor lo entretiene
que los versos pobres de asunto y las nonadas canoras.*

(vv. 319-322).

Pero ya hemos dicho que al lado de estos tópicos mayores, la tradición horaciana incluye otros temas de doctrina poética, a los que García Berrio llama en conjunto tópica menor. Así, el de la concepción de los géneros.

En resumen, «el parecer de la mayoría de los autores de paráfrasis puede sintetizarse diciendo que en ellas se desarrolla la teoría de los géneros literarios: épica, dramática y alusión a la lírica», sugerida en los comentarios por los versos de Horacio:

*La Musa dióle a la lira a dioses y a hijos de dioses
referir, y al púgil vencedor y al caballo primero
en la lucha, y afares de jóvenes, y libres los vinos.*

(vv. 83-85).

La configuración de estos géneros se piensa que viene dada por la distinta fisonomía de la realidad referida en los mismos, por la naturaleza objetiva de temas y personajes; se trata de construcciones sustantivas autónomas, esto es, se insiste en la imposibilidad de mezclarlos en una misma composición. Sin embargo, el texto horaciano, además de esto, supeditaba esa inmezclabilidad a la situación y a la verdad artística:

*No quiere un tema cómico ser expuesto en trágicos versos;
también se ofende la cena de Tiestes de ser referida
en versos sencillos y casi dignos del zueco.
Cada asunto guarde el sitio adecuado que tuvo por suerte.
A veces, empero, también levanta la voz la comedia,
y airado Cremes con ampulosa boca litiga;
y muchas veces el trágico Télefo en habla pedestre
se duele, y Peleo, cuando pobre y desterrado uno y otro,
arroja hinchazones y sesquipedales palabras
si tocar busca el corazón del espectador con su queja.*

(vv. 89-98).

En lo español es bien sabido que Lope se pronunció por la mezcla tragicómica:

*Lo trágico y lo cómico mezclado,
y Terencio con Séneca, aunque sea
como otro Minotauro de Pasife,
barán grave una parte, otra ridícula,
que aquesta variedad deleita mucho;
buen ejemplo nos da naturaleza,
que por tal variedad tiene belleza,*

y asimismo lo hizo Ricardo de Turia en su *Apologético de las comedias españolas*: «Ninguna comedia de cuantas se representan en España lo es, sino tragicomedia, que es un mixto formado de lo cómico y lo trágico, tomando de éste las personas graves, la acción grande, el terror y la conmiseración, y de aquél, el negocio particular, la risa y los donaires, y nadie tenga por impropiedad esta mixtura, pues no repugna a la naturaleza y al arte poético que en una misma fábula concurren personas graves y humildes» (cfr. ahora, para el *Arte nuevo* lopeveguesco, el agudísimo punto de vista de E. Orozco: *¿Qué es el «Arte nuevo» de Lope de Vega?*, Salamanca, 1978).

Una parte de la discusión del tema *res-verba* es la de la oscuridad y dificultad culterano-conceptista. Los comentaristas tienen presentes las ideas del deleite en la imitación y de ésta como armonía estructural (siendo una parte de la estructura la elocución); así, Jáuregui, anticulteranamente, defiende la prioridad de la *res* en cuanto corrección del excesivo celo de los gongoristas por hipertrofiar las *verba*: «El primero i mayor aliento de los poetas deve emplearse en las cosas; porque... qué fuerza pueden retener las palabras, aun siendo ecelentes, si no la ai en las cosas que ellas declaran?... El principio i fuente del recto escribir (dize Oracio) es el saber». Pero afirmada la prioridad de la *res*, matiza luego el aparente desprecio por la realización formal de la obra: «En poesía se dirá propíssimamente, que no habla ni tiene voz el que en las palabras no usa admirable elegancia».

García Berrio documenta el tópico «tan popularizado entre nosotros como bien aceptado en los extranjeros de la natural disposición para toda suerte de ingeniosidades y agudezas atesoradas por la lengua española», punto de partida según el cual cuando por los mismos años en que veían la luz las *Tablas poéticas*, de Cascales—las cuales conjugan su ataque a la oscuridad con sus concesiones a la dificultad—, «Góngora y Quevedo aparecen como protagonistas de dos contrapuestas revoluciones estilísticas individuales, no producen universal repulsa, sino, por el contrario, encendidos testimonios de adhesión estética en una nube de discípulos y críticos. Y así los ataques a uno u otro antagonista son más producto de opinión particular y bandería, que aborrecimiento de la extremosidad estilística en cuanto tal, cualquiera que fuese su signo. En tal sentido produce con frecuencia profunda sorpresa que las acusaciones de uno y otro partido al adversario en punto a excesos estilísticos sean prácticamente idénticas entre sí, y sorprende igualmente que todos ellos se precien, a su vez, de estar dando con el “quid” del enriquecimiento real de nuestra lengua».

Jáuregui, en concreto—distingue—de acuerdo con el matizado predominio que concede a la *res* frente a las *verba*—la nefasta oscuridad de

la loable dificultad: «La grandeza de las materias trae con sígo el no ser vulgares i manifiestas, si no escondidas i difíciles... Mas la otra que sólo resulta de las palabras, es i será eternamente abominable».

* * *

Hemos recogido en esta glosa—siguiendo la obra que hemos tomado como arranque, *Formación de la teoría literaria moderna*—los tres tópicos mayores de la tradición horaciana: *ingenium-ars*, *doceres-delectare* y *res-verba*. Primero y tercero se hacen presentes en el *Arte nuevo*, de Lope, y en la polémica española de la oscuridad y dificultad, según queda apuntado; el segundo se halla, sin duda, en el fondo de la licitud moral del teatro. Antonio García Berrio ha dedicado a este tema concreto otra monografía: *Intolerancia de poder y protesta popular en el Siglo de Oro: Los debates sobre la licitud moral del teatro* (Málaga, 1978).

Otros temas menores de la misma tradición de doctrina poética quedan aludidos: así, el de la categoría de «género literario» y el subsiguiente de la *tragicomedia*; hemos tenido presente tanto la *Formación...* como la *Introducción a la poética clasicista*, obras ya citadas.

Sin duda, aportaciones tan documentadas y de tanto aliento como éstas suscitan el problema técnico de cómo hacer la historia literaria. Una obra es, en primer lugar, un hecho artístico-formal y, por tanto, deberá ser explicada en sí misma intrínsecamente: por su estructura compositiva. Pero aunque sus referencias a la realidad no sean literales, en su globalidad la connota; «quiere decirnos» algo, encierra una sustancia última de contenido. Por tanto, las perspectivas formal e histórico-social resultan conjuntamente imprescindibles e integrables; un aspecto del lado «formal» de la obra es la conciencia literaria de la que deriva, conciencia que para nuestro Siglo de Oro documenta e ilustra el trabajo de Antonio García Berrio que nos ha servido de punto de arranque.—
FRANCISCO ABAD NEBOT (Santa Susana, 44. MADRID).

MAX WEBER Y ROUSSEAU

FRANCISCO MARSAL: *Conocer Max Weber y su obra*. Editorial Dopesa 2, Barcelona.

Un ordenamiento casi euclidiano y una minuciosidad desacostumbrada entre los autores de este tipo de trabajo son las características más

sobresalientes del libro que Francisco Marsal dedica al estudio de Max Weber.

Admirado por muchos, que vieron en la obra del sociólogo alemán las bases de ese funcionalismo norteamericano que gravitó fuertemente en el mundo desde la segunda guerra mundial hasta muy entrados los años sesenta; apostrofado a la vez por otros, que lo rechazaron de plano y no tardaron en bautizarlo como «el Marx de la burguesía», Weber ocupa, a pesar de todo, un lugar preponderante entre las figuras directrices que han gravitado o preocupado, al menos, en la orientación del pensamiento sociológico de nuestro siglo.

Su producción bibliográfica es vasta y variada. Entre sus libros más conocidos podemos destacar: *Sociología científica moderna*, *Economía y sociedad*, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, *Ensayos de sociología contemporánea*, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (que trata de las religiones de India, China e Israel antiguos), etc.

Auténtico representante de lo que llamaríamos el neoenciclopedismo, nuestro hombre nació en Erfurt, Turingia, en 1864, y se doctoró en la Universidad de Berlín en 1889, con una tesis que versó sobre «Historia de las compañías comerciales de la Edad Media». El tema nos muestra otra faceta de sus preocupaciones, ya que él se interesaba tanto por los mecanismos esenciales de las sociedades humanas como por el arte, las doctrinas económicas, la política o la teología. Y en todos y cada uno de dichos rubros trabajó investigando sin descanso hasta el año de su muerte, ocurrida en 1921.

Por todo lo expuesto, y en la medida que le vamos descubriendo tantas y tantas preocupaciones intelectuales, su imagen ha de resultar cada vez más difícil de aprehender en el punto exacto de una valoración medida. A este respecto, es el mismo Marsal quien se encarga de transmitirnos su propia experiencia:

«La lectura de la obra de Weber, primero, y la de su biografía, después, me han acompañado desde mis años de estudiante universitario en Barcelona, aquellos años de turbia penitencia intelectual. Allí, en un paquete de sociología alemana idealista y guillermina, que se nos introdujera a través de un inexplicable texto de Freyer, venía Weber en confuso montón con sociólogos germanos. De este Weber, ni qué decirlo, no me quedó nada y al traperero fue a parar su recuerdo, junto a los libros de indigesto derecho positivo de mi ingenua carrera de jurista nativo.

.....

Tuve que ir a los Estados Unidos, a la entraña misma del monstruo, para que la afilada crítica de los norteamericanos de los *roaring sixties* me debelaran un Max Weber no sólo tan claro—demasiado—como el de los funcionalistas, sino mucho más rico y contradictorio.»